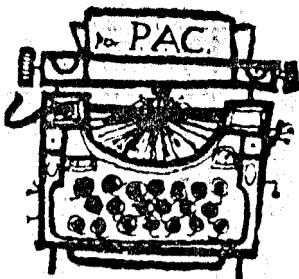


escrito a máquina

RUBEN ESPERA SU TURNO



He recibido esta semana una invitación telegráfica de Extensión Cultural (del Ministerio de Educación) para participar en un acto en homenaje a Rubén Darío. El acto se anunciaba como una mesa redonda o coloquio de las diversas generaciones literarias para confrontar sus opiniones o juicios sobre la obra de Rubén.

Dispuesto siempre a participar o a alentar cualquier acto o promoción de cultura (porque sé lo necesitados que estamos de fortalecernos contra la acechante barbarie), he leído, sin embargo, con desánimo el telegrama preguntándome qué gusto o qué gana puede quedarle a un intelectual nicaragüense de participar en un acto oficial de cultura cuando simultáneamente y contradictoriamente se ha desatado una persecución también oficial contra el libro y contra la libertad de leer de los nicaragüenses. No hay derecho a sacar a escena a Rubén —que ya no es otra cosa que un libro— un hombre que se hizo libro: el inmenso valor humano de un libro —cuando eso—EL LIBRO— lo está entregando el Gobierno, como si fuera marihuana, en manos de la Policía. ¿Si no se respeta al santo por qué nos invitan al novenario...? Cada libro de los que se han prohibido es un legado de Rubén al cual se le decreta exilio. Es en gran parte a Rubén a quien no se le deja entrar en su patria cuando se devuelven los libros de Salomón de la Selva y de Alfonso Cortés o cuando se prohíbe la obra poética de Cardenal. Por eso sentí un regusto a farsa, a insinceridad cultural, cuando leí que se invitaba a un acto dariano, literario, al mismo tiempo que se instalaba abiertamente en nuestra patria la inquisición contra la literatura.

La Cultura —esa palabra que queremos usar como un traje o como un disfraz— no se puede vaciar de su contenido dialéctico. No se puede colocar el frasco en un altar y vaciar su esencia en una cloaca. Rubén no es un hermoso frasco vacío. Rubén es una formidable herencia que OBLIGA a los herederos. Así como el escritor nicaragüense está obligado —desde la aparición de Rubén— a levantar sus niveles (ya no tenemos justificación alguna para alegar provincianismo o para aceptar medias tintas literarias cuando tenemos un maestro universal en casa), así también los dirigentes y rectores del país de Rubén no pueden —sin que el hierro candente de la contradicción los marque de barbarie— rendirle culto a su memoria —aparentando respeto— y al mismo tiempo profanar su significado, su mensaje, su obra misma, al atentar contra la libertad de la cultura y al menospreciar los valores más sagrados que él encarnó.

En tal caso ¿no resulta insolente que nos reunamos los nicaragüenses para decir nuestra opinión sobre Rubén o para juzgar, desde nuestros años, a Rubén...? Más bien es Darío el que tiene que juzgarnos a nosotros. A esa mesa redonda somos nosotros los que debemos sentarnos —como en el banquillo de los acusados— a responderle al maestro qué estamos haciendo con el espléndido legado de cultura que puso en nuestras manos.

No, no estaría Rubén ahora, en esta su Semana Dariana y en este Año del Libro, de buen humor. ¡Eso lo sabemos todos! Sabemos con quiénes estaría formando filas y firmando protestas!

Si él pudiera hablar en estos momentos (con voz no sé si triste o airada) nos diría:

—Yo ya me inscribí para siempre —leed “El Canto Errante”— entre “los que luchan en nombre de la amplitud de la cultura y de la libertad”.

Y repasaría en silencio las páginas de su obra.

Quizás sea un irrespeto interrumpirlo. Pero vosotros, los de la voz oficial, preguntadle:

—¿Qué haces, maestro?

Y él nos mirará (no sé si con una mirada airada o triste):

—“Estoy esperando mi turno. Ya prohibieron a mis continuadores. Pasan sobre ellos porque son los primeros pasos y porque todavía guardan un poco de supersticioso respeto conmigo, o, tal vez, porque no me leen... Pero cuando me lean, cuando el proceso de la nueva inquisición se vaya acentuando como tiene fatalmente que suceder, averiguarán que yo también soy subversivo. Entonces comenzarán por expurgarme. La Policía prohibirá algunas páginas más. Ya las prohíben al prohibir a Salomón, a Alfonso, a Cardenal. Después... se cerrará todo. La Policía no resiste la literatura. ¿Se pueden crear cisnes en los cuarteles...?”

Estas serían sus palabras si él hablara. Pero Rubén no tiene por qué hablar. Están sus libros que nos juzgan. Siguen en pie —como ídolos imolables— sus poemas y sus prosas. Y está allí también su cisne, todavía vivo, interrogándonos con la interrogación de su cuello divino:

“Seremos entregados a los bárbaros fieros?
... Callaremos ahora para llorar después?”

PABLO ANTONIO CUADRA